

Raudo como el viento, el lobo volvió a la casa de los cabritillos y, llamando a la puerta, dijo con voz fina y clara:

—Abrid, queridos niños, que soy vuestra madre y os traigo un regalo del bosque para cada uno de vosotros.

Pero los cabritillos contestaron:

—¡Enseñanos primero la pata para que sepamos que eres nuestra querida madre!  
El lobo no se hizo esperar, enseguida apoyó la pata en el alfeizar de la ventana y, al verla, los cabritillos creyeron que todo lo que decía era cierto y abrieron la puerta tan campantes.

¡Cuál fue su sorpresa cuando vieron entrar al lobo! Enseguida lo reconocieron y



corrieron a esconderse donde les pareció mejor: el primero debajo de la mesa, el segundo en la cama, el tercero en el horno, el cuarto detrás del hogar, el quinto en la alacena, el sexto en la pila de la cocina y el séptimo en la caja del reloj de pared. Pero el lobo los encontró a todos y se los zampó a uno detrás del otro, excepto... excepto al cabritillo más joven que se había escondido en la caja del reloj. Solo ese escapó con vida.

Apenas el lobo sació su hambre feroz, a la chita callando, desapareció por donde llegó, y por poco no se tropieza con la anciana cabra, que en ese preciso momento regresaba del bosque. ¡Ay, esta, con qué desgracia se encontró! ¡Cómo lloró! No cabía duda de que el lobo se había pasado por su casa:

